



EL LAGO DE TRASIMENIA O DE PERUSA.

Viniendo de Florencia, despues de haber pasado hacia Ossaia la frontera toscana y descendiendo por las fértiles vertientes de Spelunca, el viagero se sorprende agradablemente al abarcar con una mirada un plano inmenso de agua rodeado de verdor. Abajo, á lo lejos, está situada la modesta posada de Pasignano, desde cuyas ventanas puede contemplarse el vasto y plateado espejo, cuya copia ofrecemos en la cabeza de este artículo. La calma profunda de la naturaleza que allí reina, comunica al alma una sensación indefinible de dulce bienestar, y disipa de ella los recuerdos, los pesares y los deseos. Nada mas agradable que presenciar la salida del sol á la orilla del lago de Trasimene, bajo el cielo brillante de Italia, rodeado de las puras y cristalinas aguas y de las perfumadas arboledas de aquella mansión de sosiego y de ventura, y ver cómo la superficie de la laguna se agita con la brisa ligera de la mañana, cómo salen y se elevan de ella blancos vapores que se aglomeran formando nubes, á través de las cuales se desliza fantásticamente tal cual barquichuelo.

Pero la memoria, este misterioso poder que prolonga nuestra existencia hasta el mas lejano horizonte de lo pasado, como la fe guía hasta las regiones desconocidas del porvenir, hace retroceder el pensamiento del espectador veinte siglos atrás, y le presenta, no el cuadro manso y tranquilo que ofrece en aquella mañana el lago de Trasimene,

alumbado por los primeros rayos del sol, no las escenas presentes de la vida campestre, sino la visión tumultuosa de los combates, el recuerdo de una página de la historia antigua que tuvo lugar una mañana también, en que un ejército romano sorprendido por Anibal, se precipitó en medio de las aguas. El implacable africano lanzó sus gentes en persecución de los que huían, y ni los gritos, ni las súplicas de aquellos guerreros reputados por invencibles, desarmaron su furia; todos perecieron y durante muchos dias la superficie del lago cesó de ser el espejo en que se miraba la naturaleza; el cielo permanecía azul, las riberas llenas de verdor; el lago estaba sin embargo de color de sangre.

He aquí como refiere un historiador (1) el suceso de que hemos hecho ligera mención:

El cónsul marchaba detrás con los mas vivos deseos de alcanzar al enemigo. El primer dia habiendo llegado tarde, acampó cerca del lago: al siguiente, antes de amanecer, hizo entrar sus tropas en el valle, pudiendo ejecutar su movimiento sin ser notado, gracias á la espesa niebla que habia. Cuando la mayor parte de las tropas romanas se halló ya en la planicie, y la vanguardia tocaba casi al cuartel

(1) Polibio.

de Anibal, este general dió de repente la señal de ataque, aparecieron las tropas que estaban emboscadas y los romanos se vieron atacados por todas partes. Haminió y los oficiales subalternos, sorprendidos de un ataque tan brusco é impremeditado, no sabian donde dirigir sus socorros; envueltos en una niebla espesísima, estrechados por todos lados, no solamente no podian acudir á los puntos en que importaba su presencia, sino que ni aun les era posible saber lo que pasaba. La mayor parte de los guerreros fueron muertos, aun antes de que tuvieran tiempo de ponerse en orden de batalla.

Cuando todavía se deliberaba sobre lo que debía hacerse, los romanos recibían el golpe de muerte. En esta confusion, abatido su jefe y desesperado pereció á los golpes repetidos de los enemigos. Mas de 15,000 romanos perdieron la vida en aquel valle por no haber podido organizarse. Estrechados sobre el lago, unos queriendo salvarse á nado con sus armas murieron ahogados, otros, el mayor número, penetraron en el agua hasta el cuello, pero cuando entró la caballería, viéndose perdidos, levantaban las manos sobre la superficie del lago, pidiendo que les perdonaran la vida y recurriendo para obtenerla á las súplicas mas humildes y lastimosas, mas en vano; los unos fueron degollados por los enemigos, los otros exortándose mutuamente á no sobrevivir á derrota tan desastrosa se daban la muerte. De toda la tropa no hubo mas que unos 6.000 hombres que hicieron frente al enemigo; esta gente capaz por sí sola de ayudar á rehacer al ejército entero, no podia conseguirlo por ignorar completamente el estado en que se encontraba en tal desorden, y al fin vino á rendir las armas sin otra condicion que la de la conservacion de las vidas.

Despues de este memorable desastre, que tan profunda impresion hizo en Roma, el Lago de Trasimena no ha vuelto á ser teatro de ningun grande acontecimiento histórico; los ejércitos que han pisado sus orillas apenas han turbado momentáneamente la paz que allí reina; el vuelo de los pájaros, el remo del pescador, los cantos estraños de las aldeanas, es lo único que interrumpe de cuando en cuando el profundo silencio de aquella poética soledad.

Colegio de San Bartolomé en Salamanca.

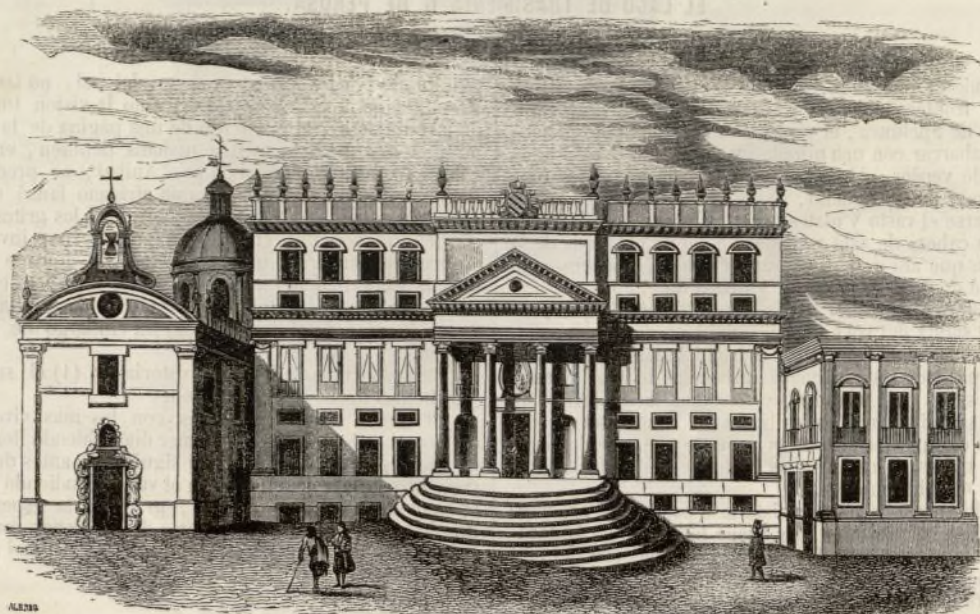
Por los años de 1440 el arzobispo de Sevilla D. Diego de Anaya fundó en Salamanca, frente á la catedral, un colegio, titulado mayor, el primero que de su clase hubo en dicha

ciudad, motivo por el cual se denomina en la actualidad *Colegio Viejo*. Respecto á la primitiva fábrica del edificio, nada podemos decir, porque habiendo sido demolida en el siglo pasado, se levantó la que al presente existe, por los planos del entendido D. José Hermosilla. A pesar del sitio desventajoso que ocupa, por hallarse situado en una hondonada de terreno y como agoviado por la inmensa mole de la catedral, hace muy buena perspectiva, tanto por lo nueva que parece la obra, como por la elegancia y sencillez de la fachada. Se compone esta de un suntuoso pórtico con elevada gradería y cuatro columnas de granito con capiteles jónicos, coronado por un ático, sobre el cual se destaca un segundo cuerpo que remata en un escudo de armas y graciosa balaustrada. Lo demas del edificio á ambos lados del pórtico, consta de un primer cuerpo almohadillado de granito, y sobre éste se elevan otros dos con varios órdenes de ventanas y balconcitos, hasta concluir en la cornisa general del edificio, sobre la cual sientan jarrones. Unidas á dicho colegio, aunque un poco mas salientes, se encuentran la capilla del mismo adornada con pilastras jónicas, aunque afeada en sus portadas, y la hospedería, en la que se nota mas conformidad con el edificio principal, y regularmente se haria bajo unos mismos planos.

Penetrando en el pórtico, de que arriba hemos hablado, se encuentra la portada principal, encima tiene un bajo relieve, y á los costados dos nichos en los que regularmente se pensó colocar estatuas. En el interior se encuentra un bello patio con galerías alta y baja, contándose en la primera diez y seis columnas jónicas, y en la baja igual número de dóricas. En el testero ó lienzo, que mira á la puerta principal, se halla practicada una magnífica escalera por el estilo de la del palacio de esta corte, y á pocos pasos de la misma en la galería alta se conserva en forma de oratorio el cuarto que ocupó S. Juan de Sahagun cuando fue colegial. En un salon que da á la fachada principal se enseña una curiosa sillera, notable por su antigüedad y por tener en el respaldo de cada silla el retrato del fundador, como si se acabara de pintar, ademas de algunas mesas, cuyos tableros son de una prodigiosa magnitud y de una sola pieza; tambien adornan las paredes muchos retratos de ilustres hijos de esta casa.

Todo lo demas del edificio, como son oficinas, dormitorios, etc., corresponde al objeto para que se dedicó, por la buena disposicion que en él se advierte; pero no tuvimos ocasion de ver su librería, que segun nos informaron es rica en manuscritos y en impresos antiguos y modernos.

El catálogo ó enumeracion de los grandes hombres que han salido de esta casa, no es de este lugar, sabiéndose que en todos tiempos y en todas carreras ha producido ingenios que han servido muy bien al Estado.



Libre Dios á esta casa de la amarga suerte que ha cabido á otras ciento de su género. Salamanca no es ya sombra de lo que fué aun á principios de este siglo, su famosa universidad solo existe en el nombre, abrumada con el peso de sus glorias, siendo en esto una imagen en pequeño de nuestra nacion. Si la suerte no la levantara del estado de postracion en que se encuentra, llegará día, que al renombre de Atenas Española, podrá unir el de Palmira.

FRANCISCO W. PLAZA.

EL AMOR DE UNA REINA.

NOVELA.

CAPITULO II.

En una de las calles mas oscuras y solitarias de la ciudad de Santiago, habia una casa de tan modesta apariencia, que no tenia mas medios de comunicacion con el exterior que el portal, bajo y arqueado, y una reja de la misma forma, á la cual estaba asomado un viejo, cuyas venerables canas cubria una gorra negra de figura cilíndrica, y embozado en una capa de lana burda.

Observaba con atencion á los transeúntes, que no eran muchos, y siempre venian de uno en uno, entrando todos en el portal del edificio. Cuando ya dejaron de acudir las gentes, apartóse de la ventana, y aunque la casa no tenia mas que un piso, él fué bajando hasta dos, y se detuvo en la puerta de una habitacion subterránea, que le fué franqueada apenas pronunció al oído del que de portero hacia, cierta palabra misteriosa.

Hallóse en un vasto salon, alumbrado tan solo por una lámpara, con todas aquellas personas á quienes habia visto entrar desde la reja.

—Uno falta, hermanos, dijo con voz grave, al llegar al medio del salon subterráneo.

—¿Sabeis quién es? le preguntó uno de los circunstantes, que sentado frente de una mesa parecia presidir la reunion.

—Eso á vosotros toca averiguarlo, respondió el entrante.

—Que se pase lista, dijeron algunos.

—Que lo diga su hermano, respondieron otros: aquel á quien le falte su hermano, que pronuncie su nombre.

—A mí me falta, advirtió con voz dulce y altanera al mismo tiempo el conde de Lara.

—Está bien, contestó el de la mesa: es maese Sisnando. ¿Quién de los hermanos puede darnos noticias acerca de él?

—Yo sé que todo el día ha estado trabajando en la fábrica de Santa María de Canojio, y que se ha retirado al anochecer á la ciudad acompañado del obispo.

—Es muy puntual maese Sisnando, repuso el de la mesa: y si no viene esta noche, será preciso informarse de su salud. Entre tanto escuchemos el mensaje que nos trae el conde de Lara.

—Yo, señores..... dijo entonces don Pedro de Lara.

—Aquí no hay señores, gritaron algunos, casi tumultuosamente: todos somos hermanos.

—Hermanos, pues: os habeis congregado en esta santa hermandad para conjuraros en daño del obispo de Santiago don Diego Gelmirez, que os está tiranizando hace muchos años: don Diego es el enemigo capital de la reina doña Urraca, y por consiguiente vuestros intereses y los de la reina son unos mismos: la reina, pues, desea entrar en la hermandad, y yo os lo pido en su nombre.

—¡La reina! exclamaron todos con asombro.

—Sí: la reina doña Urraca de Castilla se honrará de hoy en adelante con el título de hermana vuestra.

—¿Será posible? gritaban unos.

—¡Qué honor! ¡qué fortuna! repetían otros; y por espacio de algunos minutos resonaron en el subterráneo murmullos de satisfaccion y alborozo.

Levantáronse los hermanos, reuniéndose en diferentes grupos, y de uno de ellos salió la voz de nombrar á doña Urraca abadesa de la hermandad.

—¡Abadesa! ¡abadesa! gritaron á un mismo tiempo cien voces.

—Ya lo oís, hermano Lara: la hermandad nombra abadesa á la reina doña Urraca. Ahora á vos os toca instruir la en sus deberes de hermana y de superiora, y de tomarla el juramento que todos hemos prestado. Los deberes son de

auxiliar á todos los hermanos, y tomar las ofensas y agravios de cada uno de ellos por suyos propios; y el juramento es de ser leal á la hermandad.

—Bien está, respondió el de Lara: en cambio del honor que la reina nos dispensa, ella exige de vosotros que la ayudeis á prender al obispo; que de su cuenta corre luego privarle de su dignidad pastoral.

—Es muy justo: no tenemos otro fin ni otro deseo; puesto que la reina es nuestra protectora, nosotros seremos siempre defensores acérrimos de ella contra todos sus enemigos.

Mientras los conspiradores andaban en estas pláticas, habian sonado algunos golpes misteriosos á la puerta del subterráneo. Sin duda por la algazara que produjo el mensaje del conde de Lara los golpes no se habian oído, y el que llamaba no tuvo paciencia para aguardar mucho tiempo, y abrió con estrépito.

—¡Maese Sisnando! exclamaron los conjurados volviendo el rostro.

Era en efecto el arquitecto de Santa María de Canojio el que acababa de llegar.

—¿Cómo tan tarde! le dijo el de la mesa.

—No he perdido el tiempo, respondió Sisnando.

—¿Qué has hecho en favor de la hermandad?

—Apoderarme de la clave de todas las intrigas del obispo.

—La hermandad te perdona, y está dispuesta á escucharte.

—Bien sabeis, hermanos, que entre el obispo y el príncipe don Alfonso se fraguaban proyectos que nadie podia adivinar, y cuyo cabal conocimiento tanto nos importaba. Bien sabeis que el page de don Diego habia salido de aquí para la corte del príncipe con mensajes importantes, y que volvia con otros que no lo eran menos; pues bien, este mensaje acaba de llegar á mi poder.

—¿Cómo? ¿cómo ha sido eso? preguntaron todos.

—Escuchad. Volvia yo esta tarde de Santa María de Canojio con el obispo, departiendo acerca de la fábrica y de los gastos que serian necesarios para concluirla: le acompañé hasta la puerta de su palacio, y dejándole en él me retiraba por el mismo camino, cuando llegó el perro que suele acompañar al prelado, y que aquella tarde se habia quedado distraído en el bosque ó en el edificio. El lebrele es amigo mío: le llamé para hacerle fiestas, y reparé que traia un pergamino en la boca. Algun trabajo me costó arrancárselo, pero lo conseguí. Luzbel, que así se llama el perro, venia manchado de sangre y cubierto de heridas: y yo, movido de curiosidad, recelándome que alguna cosa extraordinaria habia pasado, torné á la fábrica, y en el camino me encontré con algunos escuderos que me refirieron la verdad. Habian atacado á dos peregrinos, uno de los cuales era Ramiro, el page del obispo, que traia una carta del príncipe á don Diego. Sabidas estas nuevas guardé silencio acerca de lo que me habia pasado, y, sin detenerme en ninguna parte, vengo aquí á presentaros la carta, por si juzgais que su lectura conviene á los intereses de la hermandad.

—¡Sí, sí! dijeron todos á una voz.

—¿Que se lea, que se lea!

Maese Sisnando habia depositado en la mesa el rollo de pergamino, que permanecia intacto, y sin que el abad ó presidente de la hermandad alargase la mano para cogerlo, por la sencilla razon de que no sabia leer. Bien es verdad que otro tanto le sucedia á la mayor parte de los hermanos.

El conde de Lara, impaciente por enterarse del contenido de aquella carta que tanto interesaba á la reina, se brindó á leerla, con tal que estuviese en letra clara y corriente.

Aceptóse con mucha satisfaccion el ofrecimiento: Lara se acercó á la mesa, tomó el pergamino, lo desenrolló, fué á colocarse luego debajo de la lámpara, y dijo, despues de haber pasado por encima los ojos:

—Hermanos, la letra es clara y no tengo dificultad en leer lo escrito; pero tanto vos, como yo, nos quedaremos en ayunas: porque está en latin.

—¿En latin! exclamó maese Sisnando; y ¿no hay algun canónigo en la hermandad? ¿De qué nos sirven aquí los canónigos, si no para lances tan apurados? Querrán luego que, en deshaciéndonos del obispo, los pongamos á ellos en su silla, y no nos sirven para leer veinte ó treinta renglones en latin?

—Maese Sisnando, contestó á la sazón con voz grave un clérigo que estaba en un rincon de la sala: los canónigos tienen la obligacion de saber leer el latin de su breviario,

pero no el de las cartas y mensajes: en fin, con la ayuda de Dios, probaré á ver si saco siquiera alguna sustancia de la carta; porque lo que es leérola palabra por palabra, yo se la doy al mas pintado.

—¿Y creéis que si hubiera llegado á manos del obispo tropezaría en tantas dificultades?

—¡Toma! el obispo es el obispo, y hay pocos hombres que puedan apostársela ni á latin, ni á griego, ni á filosofía, ni á letras ni á nada.



Aquel elogio del prelado compostelano, lanzado en medio de sus mas encarnizados enemigos, no chocó á nadie: ¡tan grande, tan peregrino y reconocido debia ser su mérito!

La carta pasó de manos del conde de Lara á las del canónigo, que tropezando aquí y cayendo allá, levantándose luego para tornar á caer, dió fin á la lectura, despues de la cual la mayor parte de los concurrentes se quedó tan enterada como antes.

—¡Otra vez, otra vez! dijeron algunos.

—Decidnos la sustancia, replicaron otros.

—Hermanos: la sustancia de esta carta no debe hacernos mucho provecho; porque se reduce á que el príncipe don Alfonso solicita del prelado que lo proclame rey de Galicia, conforme al testamento de su abuelo materno, que determinó de darle este reino desde el punto que doña Urraca contrajese segundas nupcias; y en un *post scriptum* se fija el día de esta ceremonia, desde la cual podrá considerarse doña Urraca como destronada, y nosotros, que somos partidarios suyos y enemigos del príncipe y del obispo, no quedaremos en muy mas envidiable estado.

Hubo un rato de profundo silencio, que bien pudiera interpretarse por espresion de terror, si es que el terror puede dominar nunca en las sociedades secretas. Proponían algunos que se rompiese la carta; otros que se remitiera al obispo; aquellos ya no querían ponerse á mal con el sol naciente; estos querían hundirse con el sol que se ponía; por fin, despues de largas y acaloradas disputas, se convino en que era inútil ocultar la carta al obispo, puesto que mas tarde podría recibir otra, y solo se conseguiría retardar con ello el día de la coronación, pero no evitarla. Resolvióse tambien al mismo tiempo preparar las cosas de manera que el día mismo de la entrada del príncipe en Santiago, estallase la conjuración contra el futuro rey y el prelado, los cuales, una vez con buen recaudo, se pondrían á disposicion de doña Urraca.

FRANCISCO NAVARRO VILLOSLADA.

EL MANGUITO, EL ARANICO Y EL QUITASOL.

PREAMBULO.

Cada loco tiene su tema, yo tengo la mia, y los suscritores á EL SEMANARIO PINTORESCO recordarán quizás dos artículos que publiqué el año de gracia de 1848, bajo el florido y grave epigrafe de *Dos flores y dos historias*. No he conseguido averiguar si merecieron su aprobacion las historias de las dos flores, y mucho menos si recuerdan la introduccion, prólogo ó prefacio, en que daba parte al público de un deseo que me mortificaba, el de ser Académico de la Academia de la Historia. En el transcurso de doce meses se ha robustecido esta afición, como puede robustecerse un niño enfermizo entregado á una nodriza sana y jóven, y para lograr satisfacerla, me he propuesto no descansar hasta tener entre mis manos la crónica, de que muchos hablan y nadie ha visto, del Rey Don Pedro de Castilla, escrita por D. Juan de Castro, obispo de Jaen y contemporáneo del monarca. Espero encontrar esta crónica, y espero que será tan auténtica como *El busca pié* de Cervantes, publicado por otro Castro, que, aunque no se llama Juan ni es obispo, como el cronista de Don Pedro, tiene mas afición que yo, que me llamo Juan, á desempolvar papel viejo, que el obispo de Jaen, que se llamaba Castro, á escribir crónicas: de lo cual resulta que entre dos Juanes y dos Castros, que componemos tres personas, existen dos aficiones desarrolladas á escribir y desempolvar. Dejo á un lado esta digresion y prosigo con mi preámbulo.

Aguijoneado noche y dia por el deseo de llegar á ser Académico de la Academia de la Historia, y firmemente persuadido de que las plazas de académicos se dan al mérito, cuando no se regalan al favor, soy víctima de mi fatal monomanía, y ando á caza de manuscritos, como un camaleón á la de moscas y un cesante á la de turron. Muchas veces voy por la calle y corro de una acera á otra, al ver un papel enrollado, que suele contener las canas de alguna vieja fregatriz ó el cabello negro y sedoso de alguna doncella de labor. Si entro en casa de un abogado, le revuelvo los expedientes: si en una tienda de ultramarinos ó botica, tiendas ambas que se diferencian únicamente en que en la primera venden para vivir y para morir en la segunda, me paso las horas examinando el papel viejo, que ha de envolver salchichon, queso de bola, ungüento de la mano de Dios, café, píldoras de quinina, jamon estremeño, emplastro de ranas, mostaza ó manteca de Flandes. Los escribanos se estremecen al verme entrar en sus archivos; los porteros de las bibliotecas me gruñen; me hacen la cruz los barateros de libros, porque hojeo, pregunto y no compro; y me conocen todos los ilustres individuos del gremio de traperos de la villa y corte de Madrid. No hace muchos dias que arrebaté á un diputado amigo mio las cartas de sus comitentes, porque una de ellas estaba escrita en papel tan súcio y ahumado que la tuve por un antiguo pergamino que, segun mi ilusion, debia contener los fueros de alguna ciudad; y noches pasadas arranqué á una jóven lindísima un billeteito de su amante porque estaba escrito en papel amarillo, que al pergamino se asemeja. Este último rapto me proporcionó varias noticias, que no necesitaba saber, que cubrieron de un vivo carmin el rostro de la jovencita, y que no pongo á continuacion.... por prudencia.

Cansado de papelear en escribanías y bibliotecas, en ultramarinos y boticas, en puestos de libros y necesé de niñas hermosas, resolví buscar nuevo campo á mi afición, y una mañana, la recuerdo, estaba lloviendo; los tejados precipitaban torrentes de agua sobre los honrados ciudadanos que, temiendo ahogarse en los arroyos, se empujaban en las aceras: el lodo, negro como una mala noche y pegajoso como una fea, retardaba la marcha de los que querían andar de prisa, daba una mano de betun á las botas que habian salido negras á la calle y se transformaban en cenicientas; bordaba de realce los pantalones de los hombres y las enaguas de las mugeres; y presentaba el espectáculo de algunos piés que daban alta idea de la firmeza de las individuos, tomando en cuenta la inmensa estension de su base. Los paraguas de las señoras derribaban muchos sombreros y amenazaban muchos ojos: los mozos de la villa trasladaban por junto, con sus anchas escobas de ramas, el lodo de las calles á las piernas de los transeúntes; operacion que bien considero sea

debe alarmar, pues teniendo en cuenta que los transeúntes y transeúntas habían de recoger el lodo con mas ó menos lentitud, resulta que la operacion de los mozos de la villa se reduce á una condensacion de tiempo y una concentracion de fango, como diria un elocuentísimo orador. ¡Señores suscritores de provincias, no sabeis lo que es la capital de Castilla la Nueva y de la monarquía, en dias de lluvia! ¡Señores suscritores de Madrid, no sabeis lo que son las calles de París las cinco sextas partes del año! ¡Cuánto lodo en las capitales de España y Francia; en la última mas que en la primera. Está visto, la civilizacion ensucia; son dos cloacas el centro de la civilizacion española y el centro de la civilizacion universal.

Decía que salí una mañana á caza de viejos pergaminos; que las cataratas del cielo derramaban, con la mayor economía, la cantidad de agua absolutamente indispensable para cubrir de fango las calles de la villa y corte de Madrid; y para eslabonar la cadena de los verídicos sucesos que referiré, si Dios me da ingenio, perseverancia y vida, debo añadir que empecé á bajar la ancha calle de la Montera, á la cual debió bautizar Pepeillo, Pedro Romero ó algun otro espada de cuenta; pues atendiendo á su figura podria llamársela con mas razon *calle de la Bocina*; nombre que la vendria de molde, porque á mas de manifestar su estructura, indicaria que es tan ruidosa como el instrumento judaico. Bajaba, pues, la ancha calle de la Montera; ya dejándome un homoplato en la cuba de un aguador; ya poniéndome el sombrero á lo jaque por virtud y gracia de un paraguas; ya perdiendo los dedos de un pie bajo el zapato de un asturiano, *animal cuya pisada no tiene cura*, segun una antigua definicion; ya diciendo *perdone V. á una vieja*, á quien atropellé por huir de un mozo de cordel que me amenazaba con un cofre; cuando á seis pasos de distancia descubrí la parte que las mujeres manifiestan los dias de lodo, como si los hombres tuvieran cataratas estos dias, ó ellas no ocultaran los demas lo que fué moda lucir en años anteriores, cuando no arrastraban los vestidos, cuando se contoneaban las manolas con sayas cortas, cuando podia decirse de cada una: *¡Pero qué pierna, Dios se la bendiga!* Con este verso y los anteriores rodeos he revelado lo que ví. ¿Pero es acaso algun delito ver lo que se enseña al público, para que yo me pare en barras y no lo declare? Fuera temor..... Yo vi dos botitas de charol y unos tres dedos de dos medias de seda listadas. Dentro de las medias y las botas iba, como era natural, la parte inferior de una muger. Soy el hombre mas estremado que puede hallarse en las estrechidades del orbe: las duquesas y las manolas son para mí el bello ideal de la muger; porque se encuentran en los extremos de la gran escala social. Pero aunque yo mismo confieso que soy estremado, no se crea que mi predileccion es hija de un inesplorable capricho; está fundada sobre concluyentes raciocinios. ¿Puede hallarse algo mas imponente que la dignidad heredada y casi régia de una duquesa? ¿algo mas noble y distinguido que sus maneras? ¿algo mas bello que sus piés y manos, delicados, finos, aprisionados siempre en el calzado y en los guantes? ¿aquellas manos blancas, perfumadas, suaves, con uñas rosadas y una forma especial que las distingue de todas las manos del mundo? Se me dirá que hay muchas duquesas poco hermosas y aun algunas feas; no lo negaré, aunque pudiera citar los nombres de cien hermosas: pero en todas ellas se vé un contorno particular y aristocrático, que es una especie de belleza como el contorno romano y griego. ¿Y prescindiendo de la hermosura, no tienen otros atractivos? ¿no es nada lo escogido de su lenguaje, la propiedad de su vestido que revela instantáneamente su destino, la hora y el lugar? ¿No es nada aquel perfume delicioso que derraman; perfume que no tiene nombre de esencia, y que solo puede compararse al que traen las brisas de la sierra en una alborada de abril? ¡Oh! las duquesas no tienen mas que unas rivales, y estas rivales son las manolas de Madrid. Temo que mis últimas palabras alarmen á muchas lectoras; pero las suplico que no me condenen sin oirme. Las manolas son la aristocracia de la democracia española, como las duquesas lo son de todas las clases, y la democracia española de todas las democracias del mundo. Un mendigo español tiene mas fiereza que un príncipe romano; y el no encontrarse en España criados dóciles y serviciales prueba palmariamente que el servilismo no está en la sangre castellana. Pero dejemos estas digresiones y volvamos á las manolas. La manola, es arrogante como la duquesa, y aun mas: su cabeza er-

guida no se abate ni al miedo ni á la gerarquía, y su frente altiva como el laurel, desafia la cólera del rayo. Apasionada como muger, y como la tigre celosa, ama y aborrece con furor, y con pasion perdona y mata. Generosa y sóbria al mismo tiempo, tira el oro con ambas manos cuando lo posee, y se conforma fácilmente con un pedazo de pan duro cuando la suerte le es contraria. Enemiga de los perfumes, huele á limpia, que es un rico aroma; y calza, como la duquesa, con lujo esquisito y primor. No son sus maneras delicadas, pero sí sueltas y obsequiosas; y aunque no encanten sus discursos por lo escogido de las frases, tiene un lenguaje pintoresco salpicado de chistes que revelan ingenio é imaginacion. Las duquesas y las manolas se parecen exactamente como la parodia á la tragedia, el *Pancho* y *Mendrugó* y el *Otello*; son dos extremos que se tocan como dos líneas curvas próximas á formar un círculo: y considerándolas extremos las profeso veneracion.

¿Pero por qué me he entretenido en hablar de extremos? ya lo recuerdo: por la parte inferior de muger que descubrí en la calle de la Montera: voy, pues, á seguirla la pista. Enamorado del extremo que alcanzaban á ver mis ojos, quise averiguar si el otro extremo, la cara, guardaba proporcion; y sin acordarme del lodo, corrí á adelantarme, lo que conseguí frente al callejon de Golosos. No salió fallida mi esperanza: los dos extremos se encontraban en la mas perfecta armonía; y formando de ellos un todo podia repetirse este cantar:

Breve el pié, como andaluz:

Los ojos de matadora,

Mucho negro y mucha luz:

Cada mirada traidora

Deja un muerto y una cruz.

Lo de la mirada traidora era verdad y viene de molde, porque me lanzó una mirada, que queriendo decir demasiado, no tiene casi explicacion. Muger de tan lindos extremos no podia tener malos fines, y me decidí á darle convoy hasta ver donde echaba el ancla. Cruzamos la Puerta del Sol, anduvimos dos ó tres calles mas, y por último mi hermosa dama se entró en una prendería, semejante al arca de Noé, por la multitud de objetos raros que encerraba. Al verla entrar formé el proyecto de no retirarme sin hablarla, y consideré que el modo mas fácil de lograrlo era entrar en la prendería, lo cual verifiqué al momento. En el interior de la tienda estaban tres solas personas: mi desconocida, el prendero, que era un hombre de cincuenta años, y una muger de veintiocho á treinta, esposa, segun supe despues, del dueño de la tienda. Estas tres personas formaban un solo grupo, y yo me puse á examinar algunos efectos, esperando ocasion oportuna de llevar á cabo mi proyecto.

—¿Qué se le ofrece á Vd. caballero? me preguntó la joven prendera, acercándose con una graciosa sonrisa.

Yo no esperaba esta pregunta, y, en vez de pedir la una escribania, dominado por mi aficion al papel viejo, la dije: —¿Tiene Vd. por casualidad, algun manuscrito que vender?

—Yase vé que sí: me respondió, y conduciéndome á una pieza inmediata, abrió un armario y me presentó un manguito, un quitasol y un abanico, tan deteriorados que era difícil conocer su forma y colores primitivos.

—He pedido á Vd. manuscritos: dije á la prendera amostazado.

La prendera no me respondió: pero sacando del manguito un rollo de papeles me los presentó, y en gruesos caracteres leí «HISTORIAS DE UN MANGUITO, UN ABANICO Y UN QUITASOL.» Aquí tenemos, dije para mí, una fábula de Iriarte; y alzando la voz, pregunté:

—¿Cuánto valen estos papeles?

—Esos papeles, el manguito, el abanico y el quitasol, valen trescientos veinte reales: repuso al momento la prendera.

—Señora, yo solo deseo adquirir estos manuscritos.

—No se venden sino en compañía de las prendas, cuyas historias son.

—Pero, como Vd. comprenderá, ¿qué voy hacer con esas prendas?

—Un auto de fé: me respondió mi interlocutora riendo.

Iba á dar al diablo los papeles; pero mi maldita aficion se sobrepuso á mi despecho, me sonreí como la prendera, y la di en cuatro moneditas los trescientos veinte reales. Terminado nuestro contrato, nos salimos juntos á la tienda, y o

con los papeles en la mano, y ella con el abanico, el maniguito y el quitasol. El prendero y la desconocida proseguían su conversacion, pero al vernos se sonrieron á la vez, y preguntó el dueño de la tienda á su cara mitad:

—¿Ha comprado este caballero nuestro riquísimo tesoro?

—Sí: le respondió su tierna esposa.

—Me alegró mucho, caballero: me dijo el prendero gravemente.

—Doy á Vd. mil enhorabuenas: añadió la desconocida.

—Yo me las doy, la respondí, por haber tenido el placer de oír su dulce voz.

—Agradezco tan fina lisonja.

—Señora, desearia poder probar á Vd., que su dulce acento me encanta, y sobre todo con frecuencia.

—No es imposible.

—¿De qué modo?

La desconocida me dió una elegantísima tarjeta, en la cual estaban escritos un nombre de muger y las señas de su alojamiento y me dijo:

—Después que haya Vd. publicado las tres historias que contiene su manuscrito, vaya Vd. á verme cuando quiera. (1)

—No faltaré: la respondí, despidiéndome cortesmente.

—Ya estaba cerca de la puerta, cuando adelantándose la desconocida, me dijo:

—¿Quiere Vd. decirme su nombre?

—Me llamo, señora....

JUAN DE ARIZA.

Escena de una Comedia inédita.

INÉS.

BENITO.

(Son marido y mujer y dependientes de un señorito soltero. Se encuentran en un baile de máscaras: ella con dominó y careta, y él en traje de sociedad, que, aunque no muy elegante, contrasta con su humilde condicion. Benito usa de este disfraz por complacer á su amo y ayudarle en sus planes: la presencia de Inés en el baile, aunque sin conocimiento de su marido, es inofensiva á su honra.)

BENITO. Mascara, ¿qué me quieres?

INÉS. Decirte que sé quién eres.

BENITO. No es milagro.

¿Soy yo acaso algun mastuerzo

recien venido del Vierzo

ó de Almagro?

Viendo mi cara y mi porte,

cualquiera sabe en la corte

quién soy yo.

INÉS. ¡Cualquiera! ¿De qué manera?

Si tu eres....

BENITO. ¿Quién?

INÉS. Un cualquiera.

BENITO. (Me caló.)

Al menos, no es esta cara

figura de una mampara,

sino mia.

INÉS. Algo tuvo has de llevar.

¿Quién le ha prestado ese ajuar

al usía?

BENITO. (Mutis, que esta me conoce.)

Adios. Ya han dado las doce....

INÉS. (Sujetándole) ¡Quietos, quietos!

O sé franco, ó te confundo,

y va á saber todo el mundo

tu secreto.

BENITO. Bien. (¡Qué diablo de mujer!)

Escucha: vas á saber

mi flaqueza.

Confieso que la fortuna

no me ha dado ilustre cuna

ni riqueza.

No obstante, nobles y ricos,

Sé yo de muchos borricos....

¡oh desecho!

que felices en amores

pasan la vida entre flores.

INÉS. Es un hecho.

BENITO. Y todo lo hace la ropa.

Hay hombre que anda á la sopa—

¡suerte fea!

y si le refunde un sastre

con el duque de Alencastre

se tutea.

Ahora bien; sin ser hidalgo,

yo sé, niña, lo que valgo....

INÉS. ¡Qué modesto!

BENITO. Y vengo á hacer cabotaje

esta noche con el traje

que me he puesto.

INÉS. ¡Oiga!

BENITO. Y llegas muy á punto,

Si eres tal como barrunto,

mascara;

pues durante esta jarana

pienso hacerte mi sultana

favorita.

INÉS. (¡Ah fementido traidor!)

Mil gracias: de tanto honor

no soy digna;

ni á pescar tan triste barbo

una mujer de mi garbo

se resigna.

BENITO. ¿Y eres tú carne ó vigilia?

de tí ni de tu familia

¿qué sé yo?

¿No puede á un diablo mestizo

encubrir ese postizo

dominó?

Tú ves, máscara, mi juego;

yo el tuyo no, y desde luego

digo amén.

Si uno de los dos engaña

al otro en esta maraña,

¿quién á quién?

INÉS. ¡Truan de grueso calibre!...

BENITO. ¡Niña!...

INÉS. ¿Acaso eres tu libre?

BENITO. Libre soy.

INÉS. Mientes.

BENITO. Dices bien; sí; acabo

de mentir, pues soy tu esclavo

desde hoy.

INÉS. ¿Así cumples, gran demonio,

con la ley del matrimonio?

BENITO. Yo... sí... pues...

INÉS. No mereces tú la esposa

que tienes.

BENITO. ¡Pche!... Poca cosa.

(¡Pobre Inés!)

INÉS. Algun día, lo sé yo,

bien linda te pareció

la doncella.

BENITO. Ya propia, aquí y en Palermo

huele á puchero de enfermo

la mas bella.

INÉS. (¡Que oiga yo tales baldones

Sin darle de bofetones!...

¡Belcebú!...)

Si así huelen las mujeres,

marido ruin, ¿á qué quieres

oler tú?

BENITO. El hombre nunca se gasta.

Somos de distinta pasta.

INÉS. ¡Mal veneno!...

Pues ¡qué!, lechuguino charro,

¿no somos todos del barro

damasceno?

BENITO. Segun te muestras airada,

tú debes de ser casada....

INÉS. ¡Por mi mal!

BENITO. Y tu marido es un bruto....

INÉS. ¡Sí!

BENITO. Que infringe el estatuto

conyugal.

Usa pues de represalias

y pon á su nombre el átias

(1) Estas tres historias se publicarán en los próximos números del Semanario Pintoresco.

consabido.

INÉS. ¿Sí?

BENITO. Arreglémonos los dos...

INÉS. ¿Eso dice ¡Santo Dios!
un marido?

¡Miraos en este espejo,
mujeres! Si ese consejo
que me das
toma un día tu consorte,
como otras ciento en la corte,
¿qué dirás?

BENITO. O la mato ó me divorcio,
y así del fatal consorcio
me sacudo.

INÉS. Eso es obrar como un bey.

BENITO. ¡Pche!...

INÉS. Y esa ley....

BENITO. Es la ley
del embudo.

INÉS. (¡Villano!)
(Mi señorito
no dirá que no le imito.)

INÉS. (Merecia....)

BENITO. Mas de ese riesgo se salva
mi mujer.

INÉS. ¿Sí?

BENITO. Es una malva.

INÉS. ¿Sí?

BENITO. A fé mía.
Es incapaz de un deslíz
y me adora la infeliz
con delirio.

INÉS. ¿Sí?

BENITO. Con apacible calma
Sufrirá por mí la palma
del martirio.

INÉS. (¡No puedo mas!)
(Pellizcándole y hablando ya en su voz natural.)
¡Insolente!

BENITO. ¡Ay!

INÉS. ¡Falso! ¡judío!

BENITO. ¡Tente,
Sierpecilla!

INÉS. ¿Me conoces?

BENITO. Sí, en lo suave.

INÉS. Eres....

INÉS. ¡Bribon!

BENITO. Ya se sabe;
¡mi costilla!

INÉS. Niega ahora tus bastardos
instintos, tus picos pardos,
tus maldades.

BENITO. Todo ha sido.... ¡ten prudencia!...
hipocresía, apariencia....
No te enfades.

Te conocí desde luego,
y haciendo el lindo D. Diego....

INÉS. ¡Mientes, mientes!

BENITO. Lo juro....

INÉS. ¡Infiel!

BENITO. ¡Por Dios, calla!

INÉS. Pero ¡uña tengo, canalla,
tengo dientes!

BENITO. El amo está allí... ¿Qué intentas?

INÉS. Bien; ya ajustaremos cuentas.
Ese fraque....

BENITO. Tramoyas de D. Miguel.
Así me disfrazaba aquel
badulaque.

INÉS. ¿Para qué?

BENITO. Ya lo sabrás.

INÉS. Ahora no puedo....

BENITO. ¿Te vas?

INÉS. Es forzoso.

BENITO. Ya nos veremos despues,
y no dudes, cara Inés,
que tu esposo....

Mas ¡tú en un baile de máscaras!

¿Con qué objeto? ¿Con quién? ¿Cáscaras!...

INÉS. Me horripilo.

Sigo tus pasos, aleve.

BENITO. La disculpa es llana y breve.

INÉS. ¡Cocodrilo!...

BENITO. Pero es proceder ambiguo
el tuyo, y si yo averiguo....

INÉS. ¿Me amenazas?

BENITO. No; pero....

INÉS. ¡Necia de mí,
necia!... ¿Por qué no te di
calabazas!

Pero siga el regocijo,
que despues.... Solo te exijo
por ahora
que á D. Miguel no le digas
que me has visto, ni me sigas,
ni....

BENITO. ¡Señora!...

INÉS. ¡Silencio, y no hagas el bú!

Tienen mas honra que tú
mis sandalias;
mas si mueves alboroto....

BENITO. ¿Qué?

INÉS. No echaré en saco roto
lo del días.

MANUEL BRETON DE LOS HERREROS.

DEL COCODRILLO.

La inteligencia del hombre consigue dominar la fuerza y la fiera de todos los animales de la creacion. Uno de los mas temibles es el cocodrilo, con su cota de malla, su inmensa boca ricamente guarnecida de agudos dientes y sus ojos que se fijan en el hombre con furor. Sin embargo, el negro de las costas de África, toma en la mano derecha un gran cuchillo, lia la otra con una cubierta doble y se dirige á los pantanos, al centro de los cañaverales, en busca de tan terrible animal. El cocodrilo se lanza hácia él con la boca abierta, pero el hombre atraviesa con la rapidez del rayo, el brazo envuelto, entre las dos mandíbulas del animal, cuyos dientes no pueden penetrar la espesura de los trapos que protejen la mano de su enemigo, quien no siente mas que una ligera presión, y antes que el cocodrilo haya tenido tiempo de desembarazarse del negro, éste le corta el cuello.

Citanse casos horribles de la ferocidad de estos animales. En los recuerdos de *Viaje de un inglés*, recientemente publicados, hemos leído lo siguiente: Los cocodrilos son tan numerosos en algunos puntos del Misisipi, que es preciso añadir á todos los sufrimientos que se experimentan en aquel pais, el peligro constante de sus ataques; hallándome allí, vino á instalarse á la orilla del rio una familia pobre, que construyó bien pronto su cabaña. La simpatía de los vecinos, poco numerosos por cierto, hácia el recién venido, fué un grande auxilio para éste; casi todos le ayudaron á cortar maderas y á conducir las al parage elegido para su morada. Concluida que fué, la muger y cinco hijos tomaron posesion de ella, y una noche, despues de una larga jornada se durmieron profundamente; al amanecer despertó al padre un débil chillido, dirigió una mirada en torno suyo, y sus ojos turbados vieron con horror las cabezas de sus tres hijos mutiladas y dispersas en la cabaña: un enorme cocodrilo y algunos de sus hijuelos devoraban todavía los restos de su espantoso banquete. El padre buscó en vano un arma cualquiera, y bien persuadido de que nada podia hacer sin ella, se levantó suavemente de la cama, se deslizó fuera por la ventana y, esperando que su muger, á quien dejaba dormida con los otros dos hijos, podría escapar de la carnicería hasta su regreso, corrió á implorar el auxilio de sus vecinos. En menos de media hora volvió con dos hombres bien armados, pero desgraciadamente era ya tarde, la muger y los otros dos hijos yacian despedazados tambien sobre sus sangrientos lechos. Saciados los reptiles, eran una presa facil, y con efecto pagaron con la vida la desgracia que habian causado. Reconocido el sitio, se descubrió que la cabaña estaba construida sobre un gran hoyo, especie de madriguera, donde el mónstruo habia criado su odiosa raza.

Lo mas notable que hay en el cocodrilo es que se halla cubierto de escamas duras y espesas, de formas irregulares, perfectamente ajustadas las unas á las otras: por la parte inferior del cuerpo son mas delgadas, y permiten fácilmente penetrar un arma blanca; pero las del lomo y costados resisten á las balas de fusil. La naturaleza de esta armadura da al animal una rigidez que le impide girar con prontitud y desembarazo, de manera que el mejor modo de librarse de su persecucion, consiste en hacer un gran número de giros y rodeos.



La camisa del hombre feliz.

Cuéntase en cierto libro que yo me sé, y cuyo título me abstengo de revelar, que vivía en Rusia por los tiempos del famoso *Pedro el Grande* un rico Boyardo que padecía una terrible melancolía de que ninguno de sus médicos podía libertarle. No dice precisamente el historiador de qué provenía la enfermedad; nosotros nos inclinamos á creer que dimanaba del severo edicto fulminado por el inexorable emperador contra las barbas de los grandes de la antigua Krimlin, á quienes se propuso civilizar y dar una fisonomía europea.—El caso es, que el poderoso Boyardo empeoraba de día en día. Uno de los curas griegos, hombre de prodigiosa ciencia y digno heredero de la doctrina de aquellos antiguos padres que convirtieron al grande Uladimiro haciéndole arrastrar por las orillas del Volga los ídolos atados á la cola de su caballo, le dijo, despues de observarle con meditacion profunda, que no curaría de su dolencia hasta que se pusiese la camisa de un hombre feliz. Al instante envió el Boyardo mensajeros en todas direcciones en busca de tan inapreciable prenda: díoles gruesas sumas para sus peregrinaciones, é intimóles que si se volvían á Moscou sin la camisa, inmediatamente serían descuartizados.

Es imposible detenerse á describir las naciones y climas que los enviados recorrieron. Muchas veces creyeron haber encontrado la deseada prenda, pero las personas en quienes la suponían solo eran felices en la apariencia, y estudiada á fondo su vida eran dignas de la mayor compasión. En vano buscaron al hombre feliz en los grandes palacios de Italia, España, Francia é Inglaterra; las cortes deslumbradoras ocultaban bajo su magnífico aspecto exterior y la felicidad ficticia de sus pobladores, las mas repugnantes miserias, los mas feos delitos. No solo los cortesanos eran infelices: éranlo también los hombres dedicados al estudio, los científicos,

los artistas: todos tenían en sus días horas de desgracia, de profundo desaliento, de lágrimas abrasadoras.

Por fin, discurriendo un día por los floridos campos de la Bética, llegaron á sus oídos los dulces acentos de una rústica zampona: partía aquel silvestre sonido del pié de un poblado olivo á cuyo tronco estaba apoyado un anciano pastor tocando su favorito instrumento, mientras bailaban sobre el fresco cesped sus hijos é hijas, hermosos como los pastorcillos de los idilios de un poeta clásico. Informáronse de aquel anciano si se juzgaba enteramente feliz: respondiéndoles que sí, que él no codiciaba las riquezas, que sus necesidades eran muy reducidas; repitió en una palabra con diversas frases aquel magnífico soneto de Quevedo,

«Quitar codicia, no añadir dinero
hace ricos los hombres, Casimiro»

y concluyó diciendo que mientras le concediese el cielo vivir en la compañía de sus queridos hijos y nietos, no envidiaba sobre la tierra á persona alguna, y se reputaba por *completamente feliz*. No bien acabó de pronunciar esta palabra se precipitaron sobre él á una todos los mensajeros del Boyardo, y á pesar de sus súplicas, gritos y lágrimas, y de la vigorosa defensa que sus buenos hijos oponían á la incomprensible rapacidad de aquellos hombres, empezaron á despojarle de sus pobres vestidos... pero ¡oh desgracia inconsolable!... el hombre feliz no tenía camisa!!

EPOCA

de algunas fundaciones y descubrimientos notables.

La universidad de Salamanca se fundó en Palencia 649 años hace, y se trasladó á Salamanca 618 há.

La de Alcalá de Henares, ahora de Madrid, tiene 351 años de antigüedad.

La de Valladolid 503.

La antiquísima de Huesca 1925.

Hace 3352 que se comenzó á usar el vino en las comidas.

3363 que se inventaron los pesos y medidas.

1438 que se conocen las campanas.

1404 que se empezó á moler el trigo en molinos.

349 que se conocen los relojes de faltriquera, que en su principio se llamaron *huevos de Nuremberg*, porque Pedro Hele los fabricó la primera vez en esta poblacion, y los dió la forma ovalada; pero segun parece en 1377 fué cuando empezaron á generalizarse en Alemania é Inglaterra.

Hace 630 años que se usan en el comercio las letras de cambio.

219 que se arreglaron los correos públicos, si bien su invencion cuenta ya 331 de fecha.

288 que se usa el tabaco.

519 que se inventaron en España los naipes; pero fueron tantos los perjuicios que ocasionaron, que se prohibieron 57 años despues de su invencion. Lo mismo hizo en Francia Carlos V, pero volvieron á usarse en el reinado de su sucesor Carlos VI, con el pretesto de divertir al rey en los intervalos de demencia que padecía. Las figuras que representan no son tan ridiculas como parecen á primera vista, pues sin duda se hicieron para ridiculizar los trajes mas comunes en aquellos tiempos.

Los alfileres tienen ya 306 años de antigüedad, y los primeros se hicieron en Inglaterra: esta invencion fué muy útil á las damas, que antes se servían de unos punzoneitos de madera que no podían menos de serles muy incómodos.

Los alemanes hicieron también á principios del siglo XVII otra invencion no menos útil á las cocineras, y fué la de los fuelles para soplar la lumbre.

Las bayonetas, armas inventadas en la ciudad de Bayona, de la cual toman su nombre, cuentan ya 179 años de antigüedad, y el primer regimiento que hizo uso de ellas fué uno de fusileros que creó Luis XIV, rey de Francia.

Direccion, Redaccion y Oficinas calle de Jacometrezo, número 26.

MADRID. UN MES 4 rs. SEIS 20. UN AÑO 36. Librerías de Pereda, Cuesta, Monier, Matute, Jaimeon, Gaspar y Reig, Razola, Pospart, Villa y la Publicidad, litografías del Pasaje del Iris y de San Felipe Neri.

PROVINCIAS. Tres meses 12 rs. seis 24. Remitiendo una libranza sobre correos franca de porte, á favor de la ADMINISTRACION DEL SEMANARIO, calle de Jacometrezo n. 26, ó en las principales librerías.

MADRID: Imp. de ALBAÑERA Y COMP., calle de la Colegiata, núm. 4.